

*La contradicción romanticismo modernismo:
¿Puede apreciarse en la creación poética y
novelística de la Literatura Hispanoamericana
del siglo XX?*

Ana BERMEJILLO IBÁÑEZ

Quizás lo más honesto sea empezar con sinceridad: Me resulta enormemente difícil responder a la cuestión planteada para este ensayo. Con frecuencia, los autores tradicionalmente catalogados como románticos parecen adelantar inquietudes modernistas y, al contrario, redomados modernistas descubren, a veces, su elegantemente enmascarado talante romántico, cuánto más cuando los autores se resisten a catalogarse, cuando nadie ha establecido suscripciones y éstas pueden ser efímeras, mutables, transitorias.

No es fácil, en absoluto, darse cuenta del todo de la latente contradicción entre Romanticismo y Modernismo (Romanticismo y Modernismo primigenios), entre dos movimientos en algunos puntos parecidos y en algunos otros profundamente divergentes. Romanticismo y Modernismo me parecen dos actitudes emparentadas, dos talentos muy difícilmente desentroncables (mucho más en una Literatura tan volcada al Psicoanálisis como la hispanoamericana, una Literatura epigenética), quizás ambos se requisieron y se requieren; entre ellos hay, creo, mucho más una continuación que una antagónica ruptura. Dolor, muerte, soledumbre, entusiasmo y angustia por la conciencia de ser y de estar condenado a una existencia inevitablemente libre y consciente, en conflicto,... explosión de la identidad descubridora y creativa, del "yo" volcado hacia los otros "yoes", del yo reconstructor, aunque doliente, transido de insobornable melancolía... muchas veces, la pesadumbre romántica en lucha hacia el futuro y el ímpetu futurista del Modernismo veteado de desazón, más que contraponerse, tendieron a solaparse.

La misma subjetividad arrebolada y herida que abocetaba el Romanticismo, la misma identidad consciente de sí, de su tiempo, de su historia, de su circunstancia (maravillosa y terrible consciencia), era la que atraía la vitalista atención de los primeros modernistas, la misma identidad (irremisiblemente en conflicto) que no podía despojarse de sus resabios románticos. Sin embargo, la decida rebeldía de esos escritores modernistas para superar las formas y sustratos románticos, su universalismo cosmopolita, su exacerbada abogacía por una nueva sensibilidad surgida del contacto con otras fórmulas y otros mundos distintos (simbolistas y parnasianos franceses; norteamericanos; estéticas orientales, inglesas...), su apuesta por una identidad en proyecto, en marcha, en trance de hacerse, una identidad que se había vuelto mucho más esperanzada; su afán de levantar un alma colectiva hispanoamericana, universal y creadora, erigida en preocupación fundamental; su conciencia crítica pero entusiasta sobre el futuro, era rasgos que querían diferenciar a estos poetas y narradores de sus predecesores románticos.

A finales del XIX, la literatura hispanoamericana vivía un movimiento pendular (aunque no demasiado vertiginoso) desde el analítico vuelco hacia la propia conciencia (para descubrirla y rehacerla en medio del mundo y de los hombres y del tiempo, en situación, fenomenológicamente caracterizada, en guerra consigo misma, tal como dolorosamente intuía el Romanticismo) y la exaltada proyección hacia el mañana esperanzador, vivificante, estéticamente bello, de un pueblo pese a todo incapaz de olvidar su herencia de desconsuelo, la proyección llamada Modernismo.

Durante el siglo XX, las mismas sinuosas oscilaciones, la misma vocación rotatoria, la misma contradicción entre talentos modernistas y románticos, ha podido observarse en la creación novelística y poética.

Se piensa en la primera catarsis de las Vanguardias ("*¿Por qué cantáis la rosa, oh, poetas? / Hacedla florecer en el poema*"), en el Creacionismo de Huidobro, por ejemplo, y se las intuye modernistas; se piensa en la intimativa mirada escudriñadora hacia el alma doliente y aterrada de ser libre de Vallejo, y parece romántica; en el erudito juego poético de Borges, afán creador para superar el tedio, pulcro cincelador de la metáfora, y se diría modernista; en la sublime recreación de la identidad amante de Neruda ("*Todo lo llenas tú / Todo lo llenas*") y, quizás titubeantemente, podría definirse como romántica... Como la intuición de un bamboleo frenético en la creación poética conemporánea.

La novela parece igualmente traqueteante (o quizás es que soy incapaz de distinguir una ordenada confrontación de talentos en lo que se me sugiere como una especie de desordenada, pero constructiva, mezcolanza).

Eduardo Mallea analiza con quirúrgica y cauta curiosidad el amor, como fenómeno psíquico, y escudriña a los personajes de sus novelas hasta desnudarles el alma, describe con profunda y conmovedora lucidez la posesión amorosa y caracteriza a pinceladas la sombra terrible de la "mujer hispida" y, no sé bien por qué, pero, de lejos, recuerda a la sombra terrible y perversa de Clemencia de Altamirano.

Juan Rulfo, en su obra mayúscula, se detiene en el ensimismamiento del hijo-buscante Juan Preciado y en la inexistencia intangible de Comala y en la constante presencia del rondó de la muerte y en la frustración absoluta del niño enamorado que esconde Pedro Páramo, y todo ello es coherente con el Romanticismo.

Y del psicologismo del juego para iniciados que viene a ser "Rayuela" de Julio Cortázar podría decirse también que se aproxima a los modos románticos.

Y lo mismo de la cuestión del tiempo... Gabriel García Márquez (más que en otra obra en "Cien años de soledad"), se sumerge en el problema del tiempo —el tiempo mítico, el tiempo irremisible— y del pecado y entronca con la misma conciencia de situación que caracterizaba a los autores románticos decimonónicos.

Y Alejo Carpentier, en sus novelas como viajes, se entretiene en fundir el pasado, con el presente, con el futuro, en una especie de temporalidad circular que se parece en algo a la de García Márquez.

Y Ernesto Sábato aboceta magistralmente su tesis sobre la imposibilidad de comprensión entre hombres y mujeres, y se adentra en los túneles sombríos de la incomunicación, y desgaja el alma, la interioridad atormentada, de un ser sobrecogedor y sublime como Alejandra Vidal Olmos, y, en su empeño por desenmarañar el caos, por desintrincar el conflicto, Sábato parece más "romántico" que cualquier otra definición posible, cuando es el mismo Sábato el que se vuelca (especialmente en "Sobre héroes y tumbas") hacia una vivificante y porfiada esperanza modernista.

La proyección universal de la novela de la Generación hispanoamericana del 55, su rebasamiento del ámbito cultural hispano, la trascendencia mundial del que ha sido considerado el "Boom" de la novela iberoamericana, de los autores mencionados, su voluntad de mostrar el rostro de la nueva Hispanoamérica regenerada, parece dotado de reminiscencias de las pretensiones modernistas. Es un Modernismo en solitario (quizás desinfluido, volcado hacia fuera de sí, no en busca de inspiración, de cimientos literarios o de anclajes, sino más bien en casi un gesto de orgulloso exhibicionismo, una demostración de fuerza), Ahora Hispanoamérica enseña mucho más que aprende.

Es lo de menos, entre la "nouveau-roman française", la novela germana, la literatura contracultural derivada de Rimbaud, y la "Beat Generation" Norteamericana, la Literatura Iberoamericana, es pieza capital, regeneradora.

Tampoco "modernista", ni "romántica", así sin más, son palabras o etiquetas suficientes para caracterizar a ninguna de las obras –sea en prosa o poesía– citadas, menos aún a sus autores.

Ya decía al principio que no es un tema fácil. Todo en este ensayo son dudas y tanteos. Lo que, con todo, queda claro, es que la contrastación Romanticismo-Modernismo, como primer impulso poderoso tras la prematura Independencia, tras el mimetizado Neoclasicismo (la contrastación como primera grande e imborrable experiencia artística), ha marcado su impronta, más o menos visible, en la Literatura hispanoamericana del siglo XX.